

NOVELA

TÍTULO: LA CRECIDA

AUTORA: MARIËT MEESTER

Traducción del neerlandés de Goedele De Sterck

- Introducción
- La prensa neerlandesa y flamenca
- Acerca de la autora
- Fragmentos

Primera edición 2003, Uitgeverij J. M. Meulenhoff, ISBN: 9789029073127

Segunda edición 2020, Uitgeverij Caprae, ISBN: 9789083108407



Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

INTRODUCCIÓN

Una mujer, afincada en Ámsterdam, se retira unos días a su segunda residencia, un viejo carromato de madera plantado en lo alto de un cerro en medio de los pólderes holandeses. Desea estar una semana sola, completamente sola, tanto que ha cubierto el espejo con un trapo.

En el cerro hay otras cinco personas: dos hermanos granjeros llamados Tato y Tata, un joven matrimonio de Róterdam y un agresivo vendedor de ordeñadoras al que la mujer (la yo-narradora) se refiere mentalmente como «el Charlatán». Este último se ha instalado al pie de la loma en una caravana moderna y, para fastidiar a la mujer, ha aparcado un remolque en el jardín del carromato.

Tras una noche de lluvias torrenciales, los pólderes de los alrededores amanecen anegados. El agua amenaza con invadir el cerro. Durante todo un día y toda una noche, la narradora cree que las otras cinco personas lograron marcharse a tiempo.

La novela fue publicada por primera vez en 2003 por la editorial J. M. Meulenhoff. Ahora vuelve a publicarla la pequeña editorial Caprae con motivo de la situación generada por la crisis del coronavirus, ya que la temática de *La crecida* demuestra ser de candente actualidad. El hábitat de los protagonistas queda reducido a la mínima expresión, como si de un confinamiento llevado al extremo se tratase. Tienen que salir adelante a la fuerza, conviviendo codo con codo, sin saber cuál será el desenlace. ¿Cómo reacciona el ser humano ante condiciones adversas? ¿Acaso se deba la crecida al cambio climático, teniendo en cuenta que la novela se desarrolla en un país que se sitúa

en buena parte por debajo del nivel del mar? En una variante contemporánea del mito del diluvio universal, Mariët Meester escribe con fino humor sobre el afán de supervivencia de los humanos. El resultado es una historia tan desoladora como emocionante en la que poco a poco los compañeros de fortuna se van haciendo inseparables.

Algunas opiniones extraídas de la prensa neerlandesa y flamenca

-Mariët Meester ha escrito una variante divertida, llena de momentos de suspense, sobre lo que se hace en televisión en *reality shows* como *Expeditie Robinson* [Supervivientes] o *Temptation Island* [La Isla de las Tentaciones]. Diferente. Más divertido. Más apasionante. Más intenso. Más escalofriante.

Koen Eykhout, *De Limburger*

-Los personajes se tantean, están obligados a reconciliarse, a organizarse. (...) Y curiosamente, la pequeña utopía funciona.

Karel Oostyn, *De Standaard*

-Mariët Meester ancla sus novelas en nuestra sociedad. Transmite un mensaje (...) optimista: a la hora de la verdad, los seres humanos son capaces de cambiar. Al igual que las ramas de sauce, encierran brotes insospechados de vida nueva.

Wim Vogel, *Haarlems Dagblad*

-Un derroche de ingeniosidad tragicómica.

Janet Luis, *Opzij*

-Sigo sin explicarme cómo es posible que se pasara por alto a *De overstroming* (La crecida) de Mariët Meester (...) en el reparto de los premios literarios.

Joep van Ruiten, *Dagblad van het Noorden*

-Del mismo modo que la historia del diluvio universal bíblico advertía al ser humano de su pequeñez y vulnerabilidad, Mariët Meester expone en su novela los dilemas humanos actuales: cómo sobrevivir en un entorno amenazado. (...) A primera vista, *De overstroming* se presenta como un relato ficticio apasionante, pero no se queda en eso. Más allá de la superficie se esconden numerosos aspectos sorprendentes del ser humano. Poco a poco se va forjando una hermosa narración simbólica sobre el orgullo y la dependencia, sobre la autonomía y la entrega. Parece que, tras las reticencias iniciales, el agua se lleva hasta el último vestigio de pudor. De hecho, las insólitas circunstancias acaban dando lugar a una extraña constelación sexual. (...) La principal fuerza de la novela reside sin duda en su magistral estilo, aparentemente realista.

Linde Roels, *De leeswolf*

Acerca de la autora

Mariët Meester se crio en la colonia penal de Veenhuizen, que por entonces estaba cerrada al mundo exterior. Se formó en la Academia de Bellas Artes de Groninga. En 1990, después de trabajar durante una temporada como artista gráfica y periodista *freelance*, publicó su primera obra literaria: la novela *Sevillana*. Desde entonces suma trece títulos entre ficción y no ficción literaria. Escribe asimismo ensayos y artículos de opinión para el periódico holandés *NRC Handelsblad*. Una de sus primeras novelas, *Bokkezeang* [El canto de la cabra], se tradujo al ruso. En 2000 Mariët Meester participó

en representación de los Países Bajos en el llamado Tren de la Literatura, un viaje en tren de seis semanas en compañía de un centenar de escritores de toda Europa por iniciativa de la asociación berlinesa Literaturwerkstatt. En el marco de ese proyecto, Ana Crespo Solans tradujo al español un fragmento de *Bokkevang* [El canto de la cabra] así como el relato “Landschap met dieren” [Paisaje con animales]. En 2019 Ediciones del Genal publicó la obra de no ficción literaria *La Tribuna de los Pobres* en traducción de Inge Luken.

Pueden consultar la biografía y la bibliografía completas en <https://www.marietmeester.nl/english.htm>

FRAGMENTOS

Fragmento 1

Capítulo 1 (pp. 7-21)

Esta noche parecía que me acunaba un amante demasiado rudo, el carromato se movía a sacudidas de un lado a otro sobre sus neumáticos desinflados. Siempre oigo ruidos extraños cuando estoy aquí sin J., pero esta vez han sido más. Que si un carraspeo, que si unas pisadas, que si alguien pasa las uñas por la ventana, o tamborilea con los dedos sobre la puerta. ¿Y si es el Charlatán?

Por supuesto, no fueron más que ramas y animales. Por aquí hay muchos murciélagos. También tenemos un erizo, le encanta escarbar a oscuras en nuestro jardín. Falta poco para que entre en estado de hibernación, ya estamos a mediados de octubre y empieza a hacer frío. Esta mañana el viento ha amainado, pero al parecer no será por mucho tiempo, según el parte meteorológico se avecina otro temporal. No para de llover. Cuando llegué ayer por la tarde, chorreante, con la caja de la compra en el transportín de la bici, enseguida me puse con la estufa. Me costó, tardé un buen rato en encenderla, no todo el mundo tiene el don del fuego. Por suerte, hay leña de sobra. Las pilas debajo del carromato suman al menos diez metros cúbicos, J. se ha pasado los últimos fines de semana manejando la sierra y el hacha. Este otoño los Spijker por fin han desmochado sus sauces, cortando ramas gruesas como brazos. Otros granjeros desmochan sus sauces cada primavera, pero aquí en el cerro rigen leyes propias.

Aun así adoro este lugar y este carromato. Poner la música a todo volumen, discutir todavía más alto y hacer el amor a gritos —todo eso era posible—. Y continúa siéndolo, siempre y cuando no estén el Charlatán y los de Róterdam. En este momento los tres trajinan por aquí. Es sábado, último fin de semana de la temporada, estarán preparando su caravana para el invierno. Acabo de ir al retrete, con las grandes botas de

caucho de J. y un paraguas por encima de la cabeza. He visto que la caravana del Charlatán se halla rodeada de charcos. Los prados del pólder están saturados de tanta agua, las estaciones de bombeo no dan abasto. Menuda envidia nos debe de tener el Charlatán, nosotros aquí arriba salvos y secos y él a punto de ahogarse ahí abajo en su pedacito de hierba empapada.

Los primeros años en este lugar fueron inmejorables. La única tierra que tocábamos en Ámsterdam era la de las bolsas de plástico con las que llenábamos las macetas del balcón en primavera. J. soñaba más que yo con tener un jardín, un sitio fuera de la ciudad donde cavar, rastrillar, rascar, podar y llevar a cabo otras muchas actividades físicas hasta entonces insospechadas. A mí aquello también me atraía, con tal de poder trabajar en ese paraje imaginario. Por aquellas fechas ya tenía portátil, uno sencillo, sin disco duro.

Un domingo soleado y primaveral elegimos un destino a voleo, Breukelen, a veinticinco kilómetros de Ámsterdam en dirección sur. Allí fue donde nos apeamos del tren, aún no teníamos coche. Echamos a caminar tontamente por el río Vecht. Me acuerdo de cómo mirábamos, aturcidos, todas aquellas mansiones que se sucedían por las orillas. «Esto no es lo nuestro», decíamos. «Territorio de ricachones. Olvídate».

Entre Breukelen y Nieuwersluis descubrimos un camino estrecho que se alejaba del río campo adentro. A la entrada había un cartel medio caído donde aparecía pintado en blanco: PROHIBIDO EL PASO. Quizá fue porque me crie en una colonia penal repleta de carteles de este tipo, quién sabe, el caso es que enfilamos el camino. A uno y otro lado se alzaban altos árboles de tronco esbelto. Alrededor se extendían los pastos, surcados por canales. Había un rebaño de ovejas con manchas blancas y marrones y, en medio, tres corderitos de color marrón oscuro liso, sobre unas patas excesivamente largas.

Había visto los Países Bajos desde el aire en no pocas ocasiones, cuando regresaba de algún país desordenado, y justo por esa razón tanto más atractivo. En esos momentos siempre me pesaba el carácter matemático del entorno de mi ciudad, su aspecto acuoso. Sin embargo, al pasear por aquel pólder, de pronto empecé a apreciar el verde, intenso, extraordinario. Y también las nubes algodónadas, invariablemente cambiantes. Tomé aire, con fuerza, hasta el punto de marearme y tener que anunciarle a J. que necesitaba hacer un alto.

Después de permanecer unos minutos en cuclillas, me levanté. Seguimos. El camino fue a peor, el asfalto tenía cada vez más baches y agujeros, al final desapareció

por completo y se convirtió en una pista de fango. Los árboles, que también comenzaban a escasear, volvían a lucir carteles de PROHIBIDO EL PASO.

Al cabo de unos dos kilómetros divisamos el cerro. Emergió de la llanura cual pecho aplastado de no menos de siete metros de altura. Tras un instante de vacilación continuamos, sorteando como pudimos el agua y el fango. Cuanto más nos íbamos acercando al pecho, más alto nos parecía. En el lado izquierdo se veía una construcción, la primera desde que habíamos dejado atrás los palacetes en las orillas del Vecht. Era una granja, pequeña, con un tejado naranja hundido por el centro como el lomo de un caballo viejo, y unos establos alrededor. Para alcanzarla solo teníamos que seguir andando, el camino nos llevaría hasta arriba en línea recta. Después de haber ignorado una y otra vez los carteles, nos entró la curiosidad de averiguar qué tendría de prohibido aquel cerro intrigante en medio del polder. Quizá fuera un túmulo milenario, o un basurero invadido por la hierba. ¿Pero entonces a qué venía aquella granja en todo lo alto?

Reanudamos la marcha, avanzamos a duras penas, y cuando al fin llegamos al pie del cerro vino a nuestro encuentro un vehículo que bajaba la empinada loma a toda velocidad. Era un triciclo motorizado, de anchos neumáticos. Paró a un paso de nosotros, de un frenazo que le hizo derrapar. Lo conducía una mujer. Iba vestida con un holgado mono beis, y le salían pelos en la barbilla. A decir verdad, no me enteré de que era una mujer hasta que abrió la boca. Por encima del rugido del triciclo nos preguntó qué hacíamos allí. ¿Acaso no sabíamos leer? Nos habíamos metido en su finca, cientos de metros además.

—¿No tendrá usted un vasito de agua?

Sonó ridículo, pero fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Eh?

—¿Que si no tendría usted un vasito de agua? —repetí—. Hemos venido andando desde la estación de Breukelen. Vivimos en Ámsterdam y estamos buscando un terreno.

Nos observó con recelo, pero apagó el motor.

—Para los fines de semana —añadió J. con una voz que de algún modo no era la suya de siempre y que delataba lo importante que era aquello para él—. Evidentemente, pagaremos. Nos gustaría tener un jardín.

Del resto ya no me acuerdo con detalle, estaba demasiado nerviosa. En cualquier caso, la mujer nos invitó a que la acompañáramos a la granja. Entramos por una puerta lateral que daba acceso a las «caballerizas», como ella misma las llamaba, una estancia

cuadrada donde había un congelador tipo arcón y un montón de trastos. A través de las caballerizas se llegaba a un pasillo que por la derecha conducía a la puerta de las vaquerizas y por la izquierda a la de la cocina. Había otra puerta, estaba entornada. Alcancé a ver un gran recipiente de acero inoxidable.

Recuerdo que no podía dejar de mirar las manos de la mujer, primero cuando operaba el pesado triciclo, y después en la cocina cuando nos servía un vaso de agua a los dos. Su cuerpo largo y flaco contrastaba con ese par de manazas varoniles que culminaban en unos dedos gruesos y carnosos. Después de presentarnos a su hermano, un hombre enfundado en una chaqueta de esquí por la que asomaban trozos del forro, más bajo que ella, la mujer mató una mosca de un manotazo y comenzó a disecarla. Comprendí que no lo hizo por crueldad, sino por costumbre, o quizá incluso por timidez. En aquella cocina las moscas eran un verdadero incordio. Lo siguen siendo, por cierto; encima de la mesa cuelga el sempiterno atrapamoscas con aspecto de lengua encolada, y la lengua presenta siempre un aspecto negro.

Así que ahí estábamos, en esa cocina con línea casi directa a las vaquerizas. Había un olor, pero no supe identificarlo. No conseguí ponerle nombre hasta mucho después, una amalgama (aunque esta palabra es demasiado bonita) de estiércol, leche y leche en polvo para terneros. El olor fue el elemento más importante de la cocina. Apenas había muebles, la mesa con mantel de cuadros rojos y blancos, las sillas de madera alrededor. La encimera recorría toda una pared, prácticamente de punta a punta. Estaba repleta de cacharros, hasta el último centímetro, vajilla sin fregar, pero también cubos de plástico negro, cajas abombadas de cartón y números de *Boerderij*, una revista para granjeros. En la pared de enfrente colgaba un calendario con una foto muy colorida de un tractor. Al lado había un reloj, comparé la hora con la que tenía yo para confirmar que se adelantaba veinte minutos.

Mientras nos terminábamos el agua, volvimos a explicar nuestro propósito: encontrar un terreno en alquiler. E instalar una cabaña de madera o una caravana, a ser posible. En Ámsterdam tendríamos que pasar años en una lista de espera para poder optar a un huerto urbano, además nos sentiríamos observados.

—También me gustaría tener gallinas —dijo J.

Le di una patada por debajo de la mesa.

Por la forma en que ellos nos escucharon entendimos que nuestra propuesta les resultaba lo suficientemente razonable como para pensárselo. Los hermanos Spijker, Tato y Tata, así se habían presentado. Una hija a cuyo padre se le dice desde siempre

«meester Meester», maestro Maestro, porque su apellido coincide con el nombre de su profesión, no se extraña demasiado ante semejantes rarezas. Aun así me dio por preguntar si tenían otro hermano o hermana, ya que nadie le pone Tato al primogénito.

Jamás habría hecho esa pregunta de haber sabido que fuera a arrancar sollozos a Tato Spijker. Al principio ni siquiera me di cuenta, pero cuando el hombre comenzó a emitir sonidos de cachorro, me fijé en él. Tenía los ojos enrojecidos, las lágrimas trazaban una raya húmeda que llegaba hasta su nariz. Tata cogió un rollo de papel higiénico de la encimera y Tato cortó un trozo para secarse la cara. Ella estaba tan emocionada como él, pero consiguió ocultarlo mejor. Era la que más hablaba. Contestó con su acento de Utrecht que no había hermano ni hermana mayor. Aunque lo hubo, eso sí, tiempo atrás, pero se había «ido». Los padres también se habían «ido», de eso hacía cuatro años, primero uno y poco después el otro. Oficialmente, la granja pertenecía al municipio de Loenen, pero los tres estaban enterrados en Breukelen.

En efecto, al bordear el Vecht nos habíamos topado con un cementerio al que se entraba por una verja situada a escasa distancia de la calle. Era probable que ese cementerio, con el hermano y los padres, se avistara desde el cerro, aunque para comprobarlo había que salir al exterior. La cocina contaba con una única ventana, pequeña además de agrietada. A través de ella solo se veía el cielo y los prados a lo lejos. Y mucha porquería, porque eso sobraba en el cerro.

No seguimos preguntando. Dejamos nuestro número de teléfono y nos fuimos. Me dio la impresión de que les dio pena despedirnos. En el camino de vuelta a la estación, hablamos atropelladamente. J. estaba encantado. Que si las gallinas podrían estar cinco días solas, aunque tampoco serían cinco días, llegaríamos el viernes al mediodía y volveríamos a casa el domingo a última hora, o por qué no el lunes por la mañana. ¿Que qué me habían parecido Tato y Tato? A él le habían hecho mucha gracia. Y si me había fijado en el lado derecho del cerro, en los andamios de metal oxidado que eran como máquinas. Y en los abultados plásticos agrícolas. Sin olvidar la caseta de madera que ponía: PATATAS FRITAS DE JOEP.

—¿Qué apuestas a que dentro hay un gallo? —me dijo J. con fervor—. En serio, lo he visto revolotear. Oye, ¿no te ha llamado la atención la escalera, la escalerilla que lleva al cuarto de las patatas? La puerta estaba abierta y había paja en el suelo. Será mejor que me decida por algún otro animal, seguro que ya tienen gallinas.

*

Una semana más tarde, estábamos empujando PATATAS FRITAS DE JOEP para llevarlo al fondo del cerro. Tata nos había llamado enseguida. Su hermano y ella lo habían hablado, les parecía bien, nos daban permiso, no hacía falta que pagáramos nada. Si queríamos, podíamos instalar una caravana, algo sobre ruedas. Una cabaña mejor no, no querían problemas. Loenen era uno de los municipios más acomodados de los Países Bajos y, según ella, no hacían más que poner trabas.

Aparcamos el puesto de patatas fritas al lado de un amasijo de chatarra. En la parte de atrás había un agujero tapado con una bolsa de plástico llena de no se sabía muy bien qué, otro agujero más grande se hallaba cubierto por el lateral de una caja de plástico rojo, y los tablones de madera estaban reforzados con ese tipo de placas que suelen llevar amianto. Tato y Tata habían detenido la desintegración con soluciones creativas que, a su vez, se estaban desintegrando. Y efectivamente, en el interior del puesto de patatas fritas residía no un gallo, sino dos, además de una gallina. Nos pareció que el macho más pequeño era un fruto desmejorado de la raza, tenía la cola deshilachada, una cresta feúcha y torcida, y unas barbillas pálidas tirando a blancas. Y lo que para un gallo era una auténtica desgracia: no sabía cantar. El otro era mucho más fuerte y sano, lucía una cresta prominente y carnosa, y unas patas robustas dotadas de un par de espuelas afiladas. La gallina no se separaba de él.

Tata y Tato nos habían dicho que arrojáramos la porquería que fuéramos retirando al fondo del cerro. No tenía la menor idea de lo que podía ser todo aquello, objetos que en su día debieron de servir para algo. Tres rectángulos más o menos lisos de alambre, como con forma de rejillas. Cilindros de metal, sin base, así que toneles no eran. Un misterioso molde de acero que me recordaba vagamente a la cuba de carga de una carretilla, aunque los bordes tenían tan poca altura que apenas podrían contener nada. La alfombrilla de goma de un coche, al menos algo a lo que conseguía poner nombre. Un perchero cuyos ganchos estaban unidos entre sí mediante unos caños suaves e ingeniosos, nidos hilados por alguna araña. De todo lo que se había ido tirando por el cerro se había dicho en algún momento: “Seguro que más adelante nos vendrá bien”. Solo que ese momento no llegaba nunca.

Hacia la una del mediodía sacamos los bocadillos que habíamos traído de casa y nos sentamos a comer encima de unas cuantas puertas viejas y abandonadas. Acto seguido, los gallos y la gallina se precipitaron hacia nosotros. Empezamos a tirarles trozos de pan. El macho desmejorado, al tener que apañárselas con unas alas

desprovistas de buena parte de sus plumas, no logró alcanzar ni una sola miga. A cada intento se llevaba un picotazo de su enérgico rival.

En pleno pícnic se abrió la puerta de la granja y aparecieron los señores Spijker. Él vestía su chaqueta raída, un pañuelo descolorido atado al cuello. Ella se había arreglado para nosotros: peto de tela vaquera y raya a un lado. Tenía el cabello corto y negro, sin una sola cana. J. y yo habíamos acordado que no íbamos a dirigirnos a ellos como Tato y Tata, nos llevaban veinte años, o quizá veinticinco. Queríamos tratarlos con el máximo respeto desde el principio.

La señora Spijker iba delante, el señor Spijker la seguía con un tazón de café en cada mano. Después de tendernos los tazones, se dejó caer sobre un banquito de cocina en el que faltaba un escalón. Tata se quedó de pie, apoyada en un armatoste de metal con rueda de madera que colgaba entre dos travesaños y que en otros tiempos seguramente había sido una herramienta de trabajo. Así, en esa posición, nos hablaron del origen del cerro. Según nos dijeron, la familia del padre llevaba viviendo en el lugar desde hacía muchas generaciones, casi ciento cincuenta años. En el pólder cualquier construcción estaba abocada a hundirse, el terreno era tan pantanoso que no aguantaba ni un «cagadero», como decía el bisabuelo, o a lo mejor era el tatarabuelo. Debajo había una capa de turba elástica, y por eso en torno a 1900 comenzaron a almacenar los desechos de la familia además de recolectar los de otras granjas. La noticia no tardó en difundirse entre la vecindad y más allá: en el pólder, donde los Spijker, se podía tirar cualquier trasto. Los hermanos ignoraban hasta cuándo se habían estado acumulando despojos, sospechaban que también se habían echado no pocas piedras y mucha tierra, el caso es que allí surgió una montaña de unos once metros de altura y un diámetro de más de sesenta metros en la parte de arriba, una isla sólida en medio de aquel esponjoso humedal. El abuelo, que se había «ido» cuando los hermanos eran muy pequeños, consiguió levantar una granja en lo alto del cerro. La misma granja en la que vivían ellos.

—¡Mont Klamott! —salté yo nada más oírlo. J. asintió entre risas, los Spijker en cambio me interrogaron con la mirada—. Está en Berlín, en el antiguo Berlín del Este. Hay un parque con una montaña hecha de escombros de la Segunda Guerra Mundial. ‘Mont’ quiere decir ‘montaña’ en francés y ‘Klamott’ viene de ‘Klamotten’, una palabra alemana que significa ‘trastos viejos e inútiles’. Estuvimos allí, tiene césped, y la gente toma el sol encima de los restos de las casas de sus antepasados. Es muy impactante.

—Vosotros habéis estudiado, nosotros no tanto —dijo Tata. Su voz sonaba como

cuando la vimos por primera vez, después de que bajara el cerro a la carrera entre los pavorosos bramidos de su triciclo motorizado—. No sabemos francés ni tampoco alemán. Pero os aseguro que este es el cerro más alto del país. En Frisia hay uno de diez metros, dicen que tiene más altura. El nuestro se ha hundido un poco, no lo niego, pero los diez metros y medio no se los quita nadie. Si no fuera por los memos del Ayuntamiento...

—Los memos del Ayuntamiento... —refunfuñó Tato—. Siempre poniendo trabas. Llevan más de cien años haciéndole la vida imposible a nuestra familia.

—Si no fuera por ellos, trabajaríamos el asunto y hasta podríamos salir en la tele.

—Podríamos salir en la tele... ya lo creo.

—Claro que sí —asentimos J. y yo.

Acto seguido, terminado el café, los Spijker regresaron a la cocina con los tazones y nosotros seguimos despejando nuestra parcela. J. empezó a tirar con todas sus fuerzas del armatoste de metal en el que había estado apoyada la señora Spijker, la herramienta con rueda de madera. La tierra se había tragado las patas. Ya nos estábamos imaginando lo bonito que quedaría todo, dónde poner la futura caravana. Fuera como fuese, las ventanas deberían ser grandes, con vistas en todas las direcciones.

¡Qué paisaje! Las nubes con forma de montañas flotaban a escasa distancia del suelo, deslizándose una por detrás de otra como entre bastidores y bambalinas. El azul cuarteado, el verde de los árboles y los prados, e incluso el amarillo más cercano de los dientes de león... Me parecía estar mirando a través de un filtro especial, los colores eran de una enorme intensidad. Desde donde nos encontrábamos se distinguían con nitidez los dos campanarios de Breukelen, así como las plantas superiores de las cuatro torres de viviendas aledañas, y solo teníamos que girarnos ciento ochenta grados para ver una hilera de árboles con los humedales de Loosdrecht detrás. Al norte, la vista alcanzaba hasta la cárcel de Nieuwersluis, un edificio llamativo que sobresalía de entre los campos. En cambio, el cementerio de Breukelen no se veía al estar tapado por unos arbustos, en contra de nuestras previsiones.

En el suelo, en medio de una mata de ortigas, había una vela roja con aspecto de pera, desconchada hasta la mitad. La recogí con cuidado. Volví a agacharme para retirar un huevo de pájaro moteado que debió de haber caído de una gran altura, sin duda de uno de los álamos. La cáscara estaba dañada, aunque no se había roto del todo. También saqué de entre las ortigas una maceta de plástico completamente agrietada. La arrojé al montón con un enérgico movimiento del brazo, como si estuviéramos construyendo otro

cerro nuevo sobre el de siempre.

Creí que tan lejos del mundanal ruido reinaría el silencio, el silencio más absoluto, pero me equivoqué. A los sonidos que generábamos nosotros se sobreponía el piar de los pájaros, los motores de las avionetas, el suave runrún de la autopista a lo lejos traído por el viento, el croar y cantar de las ranas que brotaba de los canales en los prados colindantes. El gallo desmejorado no paraba de escarbar junto a mis pies, cloqueando en tono lastimero a la vez que placentero, en un intento por conseguir un manjar tardío. En lontananza, el relincho exultante de un caballo. Las copas de los álamos susurraban con dulzura, en perfecta armonía con el viento, que al menor soplo provocaba un crescendo entre las hojas. Un vaivén continuo y elegante.

Justo estaba escuchando el mundo a mi alrededor, de pie al lado del cúmulo de desperdicios, inmóvil como una pila de leña venida abajo o una herramienta colocada al revés, cuando descubrí que la señora Spijker venía de nuevo hacía mí, visiblemente contenta, con el hermano detrás, como a dos metros.

—¿Entráis un momento en cuanto terminéis? Estamos en la cocina. Queremos enseñaros algo.

Pasada una hora estábamos derrengados de tanto trabajar, nuestro cuerpo no tenía costumbre de moverse de esa manera. Fuimos hasta la granja y abrimos la puerta lateral para acabar entrando en la cocina por las caballerizas. Junto al reloj, en un estante con brazo extensible, había un televisor enorme. Los Spijker estaban viendo la tele sentados a la mesa.

—¡Qué lujo de aparato! —exclamé para cumplir con las expectativas.

—Es nuevo —explicó ella radiante—. Llegó ayer.

—Tenemos una antena parabólica, está al otro lado de la casa —añadió el hermano igual de orgulloso.

—Genial —abundó J.

No nos quedó más remedio que sentarnos a ver la tele, en una silla de madera, y con la cabeza inclinada hacia atrás. El reloj me distraía todo el rato, iba adelantado. ¿Sería por algo en especial? No me atreví a interrumpir el programa con una pregunta. Al final, y después de atender también sin rechistar a los anuncios publicitarios, vi aparecer en la pantalla un reloj que iba descontando los segundos hasta que empezara el siguiente programa. En ese momento, los cuatro estábamos contemplando dos relojes a la vez, uno al lado de otro, y el de la pared iba claramente por delante.

—¿Qué le pasa al reloj?

Silencio. Estupefacción.

—Fue cosa de padre y madre —contestó ella al rato—. ¿Verdad, Tato? Querían que las visitas se marcharan cuanto antes, que pensarán que se les estaba haciendo tarde. A nosotros nos daba igual, no teníamos que llegar puntuales a ningún sitio.

Con gesto afirmativo, Tato se levantó de la silla y fue hasta el reloj, arrastrando sus raídas pantuflas a cuadros. De puntillas, tratando de mantener el equilibrio, giró las agujas hasta situarlas en la misma posición que las del reloj de la pantalla. Casi parecía un ritual, y creo que para él realmente lo fue, una transición hacia un nuevo comienzo, como lo había sido la adquisición del televisor.

—Tampoco había televisión. No nos dejaron —dijo al volverse, y me percaté de que le temblaba el labio inferior.

Aunque el ruido de la tele se imponía cada dos por tres sobre la conversación, nos tomamos el tiempo necesario para hablar tranquilamente con los Spijker. A la pregunta de J. de por qué el camino se hallaba sembrado de carteles de prohibido el paso, nos explicaron que esa también había sido una idea de los padres. Los últimos años la gente salía a pasear y subía al cerro. Como nosotros, además con absoluta desfachatez. El padre había pintado los carteles con sus propias manos y Tata los había colocado por orden suya. Quizá debería retirarlos.

—Qué va —me apresuré a decir—. Vete tú a saber quién puede dejarse caer por el montículo.

—Por el cerro —me corrigió la señora Spijker—. ¿A que vosotros siempre habéis vivido en la ciudad?

J. sí, yo no, al menos quitando los primeros dieciocho años de mi existencia. Veenhuizen era un pueblo, aunque sin apenas granjeros. Me había criado en una comunidad cerrada cuyos vigilantes se encargaban de expulsar a cualquier forastero, así que en ese sentido el cerro no me resultaba demasiado extraño.

Fragmento 2

Capítulo 2 (pp. 41-49)

Los de Róterdam se presentaron a los tres años, un sábado para ser exactos. Era uno de esos días preciosos de finales de marzo en los que la mitad de los neerlandeses concluye: “Ha llegado la primavera”. El viernes por la noche habíamos salido por Ámsterdam, así que nosotros también llegamos el sábado por la mañana. Tato nos

saludó desde lo alto del cerro.

—Esta semana hemos tenido bastante lluvia por aquí. ¿Vosotros?

Ni idea. En la ciudad uno advierte como mucho que brilla el sol o que el día está triste, por lo demás apenas nos enteramos del tiempo, a fin de cuentas dentro siempre se está bien.

Nos tomamos un café en la cocina. Después nos instalamos en nuestro carromato. Al inhalar el conocido olor a casa de campo me invadió de inmediato una sensación de relax, en Ámsterdam siempre me oprimía de alguna manera la presencia de los vecinos de abajo, de al lado y de enfrente. El invierno había sido suave, el lilo ya tenía flores, al igual que el sauce. El domingo por la tarde podríamos cortar los crocos morados y los narcisos amarillo pálido para llevármolos a la ciudad. Gracias a la lluvia, la hierba empezaba a crecer de nuevo. Tenía unos quince centímetros; las briznas verde fosforescente nos retaban al enésimo duelo, un duelo del que sabíamos de antemano que lo íbamos a perder. Lo único que nos quedaba era tratar de minimizar la derrota.

J. segó el césped, yo me animé a arrancar los cardos recién salidos y reduje las incipientes ortigas a unas proporciones aceptables. Necesito poner un poco de orden en aquel jardín, no puedo evitarlo. Daba igual donde miraba, por todas partes brotaban hojas minúsculas, no creo que exista fuerza de crecimiento más potente que la de la naturaleza. Y cómo no, detecté el primer pulgón, en la clemátide que había plantado junto a la puerta. ¿Quién ganaría? ¿La clemátide? ¿El pulgón? ¿O tendría que aliarme con la planta para así salir vencedoras durante un tiempo hasta que el pulgón volviera a atacar irrevocablemente?

Una vez segado el césped, y después de quitar buena parte de las malas hierbas, ordené y limpié el interior del carromato, porque antes de que te des cuenta se te ha llenado de polvo y de hollín y de humedades. Mientras tanto, J. la lio con un topillo. Por aquí hay muchos, son animales rellenitos y suaves, de orejas grandes y redondas, brillantes ojos marrones y hocico alargado e inquieto. Les encanta corretear por el cajón que cuelga debajo del carromato a modo de despensa, algo que a nosotros no nos hace ninguna gracia. Por mucho que tapes las grietas y los agujeros, siempre encuentran por donde entrar. Pues bien, J. había conseguido capturar un topillo, simplemente con la mano, y lo había encerrado en un tarro de cristal de compota de manzana, olvidándose de que el bote había estado lleno de aceite con el que engrasar la motosierra de Tata. El topillo tenía el pelaje empapado de grasa y, después de luchar un buen rato a la desesperada, se había rendido, más muerto que vivo. J. entró para consultarme. ¿Qué

hacer? ¿Debíamos tratar de salvar al topillo secándolo junto a la estufa o era preferible ahogarlo directamente?

Estábamos estudiando el dilema desde todas las ópticas posibles, sin excluir la opción de llevar al animalito de vuelta a la despensa, cuando alguien golpeó la puerta. Era Tato. Rebosaba entusiasmo, ahí en lo alto de nuestra escalera de roble pintado de verde.

—¡Vengo a daros una buena noticia! Acaban de subir dos ciclistas, estaban perdidos. Traían unas bicicletas estupendas, de esas que tienen el neumático grueso, ya os digo, ni siquiera tuvieron que bajarse para escalar el último tramo. Andaban buscando un sitio donde pasar los fines de semana, como vosotros antes. Ya tienen caravana. Según ellos, más bonita que esta. Tenían mucha sed, les ofrecimos leche cruda, no la habían probado nunca. Buenísima, nos dijeron. Hemos quedado en que pueden instalarse allí al fondo, donde el basurero, no les importa limpiarlo.

—¿Cómo?!

—¿Qué ocurre?

—Pero ¿dónde? Eso es imposible, si no hay espacio suficiente.

—¡Claro que sí, mujer! Al otro lado de la cancela. Allí no hay nada. ¡Estaréis muy bien acompañados! Deben de tener vuestra edad, o un poco menos, son encantadores. Ella es muy guapa, rubia, con una buena melena.

Incapaces de articular dos palabras seguidas, intercambiando miradas ojipláticas a sus espaldas, acompañamos a Tato hasta la cocina para volver a oír la misma historia, esta vez en boca de Tata. No salíamos de nuestro asombro. ¿Cómo que más allá de nuestro jardín no había nada? ¿Y el paisaje? ¿Y la vista panorámica tranquilizadora por no decir reconfortante del boscaje junto a los humedales de Loosdrecht? ¿Y los propios humedales que en verano se llenaban de embarcaciones, con sus velas blancas o marrones o rojizas o rayadas? También solíamos ver lanchas motoras, surfistas, esquiadores acuáticos, y en un día claro de invierno hasta habíamos divisado a una larga hilera de patinadores. ¡Nuestro doble arcoíris, nuestras nubes, nuestros zorros, nuestras aves rapaces, nuestros cisnes, nuestros gansos del Nilo, nuestros topos, nuestras ratas almizcleras!

Tata estaba leyendo una revista del corazón, algo nunca visto en la cocina de la granja.

—Habían dejado el coche en Breukelen —nos informó—. Para dar un paseo en sus bicis de montaña, como siempre, y hacer un picnic. Son de Róterdam, viven en un

apartamento. Les gusta el campo, lo mismo que a vosotros. Acabaron aquí sin querer. No puede ser casualidad, ¿a que no? Son encantadores. Les hemos dicho que pueden instalarse aquí, para que os hagan compañía.

Así que había sido idea de los Spijker.

—¿Compañía? —articuló J. a duras penas—. Nosotros no necesitamos compañía.

—Veréis que son realmente encantadores.

—¿Y los memos del Ayuntamiento? —pregunté con un hilo de voz.

—En el tiempo que lleváis aquí no se han pasado ni una sola vez. No habrá problema, parece ser que por fin han entrado en razón.

—Además, en invierno la caravana se pondrá a cubierto —añadió Tato—. Se engancha al coche y ya está.

—¿Y en verano y en primavera y en otoño qué hacemos? Nuestras vistas...

—No se van a instalar delante de vosotros, ni os tapan la vista lateral, podréis seguir mirando en todas las direcciones.

Nos levantamos resignados. Tata se disponía a darme la revista del corazón, se la habían dejado los de Róterdam. Traía un artículo sobre el gran número de artistas que vivían a orillas del Vecht, los ciclistas se habían bajado un par de veces de la bici para ver las mansiones de cerca.

Me negué con un gesto incontrolado de la mano. La revista aterrizó en el suelo de la cocina.

—Vaya, vaya —dijo Tato—. Hay que ver cómo eres. No te precipites, la rubia es muy simpática y su novio también. El año que viene se casan. Él trabaja en el puerto de Róterdam, sabe mucho del mar, eso siempre es interesante. Y ella trabaja en una fábrica o así, ahora mismo no recuerdo dónde.

Acabamos ahogando el topillo en un arroyo. Ojalá pagáramos un alquiler por nuestro terreno, en ese caso lo habríamos duplicado y a lo mejor ellos habrían reconsiderado su decisión. Aunque el dinero era lo de menos, seguro que les habían ofrecido la parcela sin pedir nada a cambio. Como para declinar la oferta... Los Spijker eran gente honrada, querían lo mejor para todos, nosotros incluidos. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Buscar otro paradero? Más de la mitad de los neumáticos estaban pinchados. Nos harían falta unos neumáticos nuevos, si es que los había. ¿Dónde encontrarlos? En realidad nos bastaría con unos neumáticos usados, sin perfil, de desguace. ¿Por dónde empezar? ¿Existiría otro terreno con semejante vista panorámica cerca de Ámsterdam?

«Somos unos engreídos», concluimos tras varias horas de deliberación. «Unos

engreídos mezquinos y egocéntricos. ¿Tan grave es tener que compartir este magnífico paraje con otras dos personas? Seguro que realmente son encantadores, y que no se traerán a media familia con caravana y toda la parafernalia. No será para tanto».

Llegaron al fin de semana siguiente, dos holandeses lozanos de buena planta, ella rubia de bote, él moreno y con rizos naturales. Aparcaron su automóvil negro de cristales tintados en nuestra cancela y empezaron a trajinar en su futuro terreno, con guantes de trabajo y botas de agua de un amarillo reluciente. Desde nuestro carromato contemplamos cómo los Spijker fueron a su encuentro parlotando animosamente, cómo señalaban a los recién llegados la montaña de trastos viejos y cómo les indicaban que podían desplazarla unos cuantos metros para así disponer de más espacio. También vimos que los llevaban hasta nuestro retrete. Pasado un tiempo, los de Róterdam sacaron del maletero una nevera portátil y unas sillas de jardín de plástico blanco, desplegaron las sillas, colocaron encima unos cojines estampados de flores y se sentaron a comer. Los hermanos Spijker se presentaron enseguida con sendos tazones de café.

Los de Róterdam no vinieron a saludarnos. Ahora, año y medio después, siguen sin hacerlo. Si sé cómo se llaman es porque sus nombres resuenan a cada rato por la cocina. En una ocasión les di los buenos días, una muestra de buena voluntad. Ni me contestaron. ¿Acaso nos ignoran para convencerse de que están ellos solos, como si nos hubieran expulsado del cerro? En un primer momento barajamos la posibilidad de hacerles la vida imposible. Cuando el viento sopla del norte, el humo de nuestra estufa los invade. Podríamos empezar a quemar como locos espuma o bolsas de plástico. Pero con toda probabilidad tendríamos que producir mucho humo para acabar ahuyentándolos. Y si finalmente saliéramos victoriosos, con ellos batiéndose en retirada, ya no nos sentiríamos tan a gusto como antes.

También podíamos amoldarnos a las nuevas circunstancias y confinarnos en el escaso territorio que nos quedaba. Aunque tal vez la mejor opción era abandonar el cerro...

Nos decidimos por lo segundo. Tratamos de conformarnos con lo que teníamos: una vista nada desdeñable del polder, un carromato de casi cincuenta años con apariencia de barco, y un jardín cercado por la parte de atrás, imprescindible para tapar la caravana blanca con tienda delantera naranja chillón. Oíamos cada palabra que pronunciaban los vecinos, cada carraspeo, cada risita, cada discusión. Y los estábamos viendo todo el santo día. Peor aún, ellos también nos oían y nos veían. Ya habíamos puesto vallas, a este paso acabaríamos poniendo también visillos en las ventanas del

carromato.

Desde el interior se ve más allá del cercado. Vimos que montaron una valla de tablas gruesas y caras que luego trataron con un protector de madera de color marrón oscuro. Vimos que fijaron en esa misma valla gruesa y oscura un cartel prefabricado de PROHIBIDO EL PASO, y también vimos que mataron primero las malas hierbas y luego la hierba, tras lo cual removieron su parte del cerro para después volver a sembrar césped. Se habían asignado una parcela casi dos veces mayor que la nuestra, de al menos trescientos metros cuadrados. Poco a poco, el césped se fue transformando en una mesa de billar del que la más mínima mala hierba que osara asomar la cabeza sería arrancada inexorablemente con cuchillo y tenedor.

Cuando el calor aprieta, nosotros regamos el césped con una regadera, sin hacer ningún ruido, pero esa gente se hizo de inmediato con una bomba enérgica y estruendosa para llevar agua del arroyo a la mesa de billar a través de una manguera. También se compraron una segadora con motor, de esas que echan la hierba segada en una bolsa, cuando nosotros la recogemos con un rastrillo de bambú al que le faltan varios dientes. Y colgaron de la rama de un árbol un móvil de campanillas cuyo tintineo sin duda te alegra el día cuando es tuyo. En un principio pensé que lo retiraban el domingo antes de irse para que el ruido no incordiase a los Spijker durante la semana, pero al cabo de un tiempo comprendí que simplemente tenían miedo a que se lo robaran. Me esperaba a que cualquier día aparecieran con un enano de jardín, uno que se pudiera anclar en el suelo, claro.

No se saltaban ni un solo fin de semana. Por lo visto, se lo pasaban bomba en el cerro. Venían en el coche y traían grandes bolsas de plástico llenas a rebosar. Nosotros, en cambio, hacemos lo posible por llevar una vida sobria, intentamos liberarnos del eterno transporte de alimentos. Acabas de llegar con un peso tremendo en el transportín, esforzándote por no volcar, empujando la bici cargada con la caja de la compra cerro arriba, y antes de que te des cuenta ya no queda nada y tienes que volver a empezar.

Al no tener frigorífico, hay productos que difícilmente podemos almacenar. El suero de leche aguanta unos días, pero la leche no. En varias ocasiones me he lanzado a cultivar hortalizas, empezando por las acelgas, que tienen la propiedad de crecer solas. Fue un éxito, pero nos vimos obligados a comer acelgas hasta reventar. También llegamos a tener calabacines, maduraron todos a la vez y se inflaron hasta adquirir las dimensiones de un globo. Y en primavera siempre hay algún día en que comemos ensalada de diente de león, a la francesa, aliñada con aceite de oliva y vinagre. El

problema es que hay que cortar las hojas cuando están en su punto, antes de que se pongan ácidas y duras.

Nuestros vecinos llevaban más o menos un mes cuando me enteré por los Spijker de que les parecía ridículo que no tuviéramos frigorífico. Según ellos, es una necesidad vital. Pues yo me niego. ¿Cómo va a estar toda la semana encendido solo para mantener duro medio paquete de mantequilla? Prefiero comerme la mantequilla derretida. Además, los frigoríficos emiten un zumbido continuo. Arriba en el cerro evito introducir cualquier ruido artificial que se pueda evitar.

En adelante, los viernes por la tarde seguían invariablemente el mismo patrón. Subíamos al cerro, nos asegurábamos de haber llegado los primeros y nos metíamos en nuestro carromato. Se disipaban todas mis preocupaciones y me decía: bah, ¿para qué te empeñas en elevar el cercado?, no saques las cosas de quicio. Hasta que, de pronto, sonaba el motor de un coche, portazos, el ruido tan característico de los pasos por la caravana.

«Al final, tendremos que cambiar de ritmo. ¿Por qué no subimos por ejemplo los lunes y los martes y aprovechamos el fin de semana en Ámsterdam para trabajar?», nos proponíamos una y otra vez. Pero en ningún momento llevamos a la práctica nuestro propósito. Dependemos demasiado del teléfono, del correo electrónico y de otras muchas labores administrativas como para regirnos por un horario distinto al del resto de la sociedad.

«Otro fin de semana sin sexo», solíamos concluir el domingo por la tarde. «Y otro fin de semana sin tomar café en la cocina y sin verles la cara a Tato y Tata».

Fragmento 3

Capítulo 7 (pp. 193-213)

[En el cerro solo quedan la narradora, Tata (Laura), Josje (de Róterdam) y Tabbert («el Charlatán».)]

Gusanos.

Topos.

Caracoles.

Gansos.

Peces.

Conejos.

La liebre.

El erizo.

El gallo.

Cisnes.

Garzas.

Aves.

Leche.

Mantequilla.

Nata.

Coco.

Contenido de las bolsas de basura. (Siempre y cuando sigan llegando, últimamente he visto pasar muy pocas, y menos cerca de la orilla, al alcance de la mano.)

Llevo más de dos semanas sin escribir, me absorbe el día a día, tengo que garantizar nuestra supervivencia aquí en el cerro. La situación ha dado un giro radical, ahora me explico, pero primero debo volver con la lista, necesito comprobar negro sobre blanco qué es lo que tenemos para comer. No está mal, temía que en breve estaríamos condenados a iniciar una huelga de hambre dictada por el destino y resulta que estamos de suerte. Tampoco quiero ser demasiado optimista, porque luego vienen las decepciones, por eso no he añadido la palabra «huevos». Nos quedan cuatro gansos, los demás nos los hemos comido. Al no haber una diferencia clara entre sexos, no nos atrevemos a seguir matando. No vaya a ser que nos carguemos todas las hembras y nos quedemos para siempre sin polluelos y, peor aún, sin huevos. Incluso es posible que sin darnos cuenta ya las hayamos engullido. ¿Quién sabe si esos cuatro gansos graznadores son todos machos?

Ocurre lo contrario con los habitantes humanos del cerro. Nos sobran mujeres. Después volveré sobre esta cuestión, qué remedio, aunque me repatea tener que escribir sobre lo que sucedió anoche. En cualquier caso —viéndolo por el lado positivo—, el hecho de que me repatee significa que aún no estoy perdida del todo para la civilización.

Lo primero que se me ocurrió fueron los gusanos, por eso ocupan el primer puesto en la lista. Hay muchos pueblos que comen gusanos. ¿Por qué no los comeríamos nosotros? Que alguien que coma vacas arrugue la nariz ante un gusano sería el colmo de la hipocresía. Quizá debería añadir también la palabra ‘insectos’. Al parecer, los insectos a la plancha son muy sabrosos. Creo que los voy a dejar como último remedio, va a ser

prácticamente imposible cazar insectos suficientes para cuatro personas.

Los topos, los caracoles, los gansos del Nilo y los peces no suponen mayor problema. Lo mejor, los peces, porque podemos aprovechar la red que utilizamos para recoger bayas. Es cierto que tiene varios agujeros grandes de cuando capturamos los gansos, pero eso tiene fácil arreglo. Sin demasiado esfuerzo podremos contar con una red de pesca decente. Y si no, que Josje convenza a Tabbert para que nos haga una caña, pues mira, esa sería otra opción. Con la de peces que hay en el mundo, sin duda nos permitiría llevar una dieta más variada. El único punto débil de este plan es que no he visto ni un solo pez cerca del cerro, y eso que me he pasado horas oteando la superficie acuática que nos rodea. ¿Será que los peces no prosperan en aguas salobres mezcladas con jugos de cadáver?

Aunque jamás lo comento con los otros, sigo confiando en que nos rescatarán, en que tarde o temprano aparecerá en el horizonte un barco o un hidroavión. Dentro de mi cabeza oigo un runrún de helicópteros, pero al mismo tiempo el sentido común me dice que tanto los helicópteros como el hidroavión son fantasías necesarias para la supervivencia psicológica y que conforme pasan los días resulta cada vez menos probable que den con nosotros. También me imagino una y otra vez que el invierno será gélido. Estamos en noviembre, aún es pronto, pero en diciembre, en torno a Nochevieja, puede helar, solo hay que mirar la historia del patinaje sobre hielo de mi país. El agua salada tarda en helarse, de acuerdo, ¿y el agua salobre?

¡Basta! Lo de siempre, empiezo a argumentar conmigo misma sin llegar a nada. Ya veré si el agua se hiela y si hago esto o aquello. Tabbert sigue con su idea de construir un barco, así que eso podría ser otra posibilidad. Desde luego no me perdono que nunca haya mostrado interés por el bricolaje y otros quehaceres supuestamente masculinos. Si lo hubiera hecho a su debido momento, ahora estaría fabricando una embarcación con mis propias manos. ¡Ni siquiera sé reparar un pinchazo! ¿Con qué material se impermeabiliza un barco, cómo se dobla la madera para construir las partes más redondeadas, qué forma deben tener los remos? Lo único que quizá pueda salirme razonablemente bien sería una balsa, pero me parece poco seguro, solo en caso de emergencia, aunque incluso en esas circunstancias siempre sería mejor refugiarse en el tejado de la granja.

Conejos, el siguiente ítem comestible de mi lista. Me refiero a las ratas almizcleras o «conejos de agua», que es como las llaman nuestros vecinos los belgas cuando degustan estos roedores inoportunos en el restaurante a cambio de mucho

dinero. Son el futuro, le doy la razón a Tabbert, es verdad que por aquí hay ratas almizcleras, y no pocas. Se multiplican como posesas, tanto que su número actual se elevará a la enésima potencia si no nos apresuramos a adoptar medidas. De hecho, el cerro empieza a desmoronarse en algunas zonas por culpa de estos animales.

Laura lo sabe todo sobre ellos. Sus padres vivieron en una guerra permanente con las ratas almizcleras. Las ratas se dedicaban a cavar auténticas fortalezas en pleno pólder, el acceso se situaba en cualquier arroyo, debajo del agua, aunque también solía haber varias salidas a tierra firme para que pudieran subir a tomar el aire. Las ratas almizcleras trazan surcos entre la hierba a medida que la van devorando, una suerte de sendas que delatan su presencia. Desde que cuento con esta información, veo sendas por todas partes, sendas sembradas de excrementos verde oscuro. Por desgracia, Laura no tiene ninguna de esas trampas con las que los cazadores profesionales atrapan las ratas almizcleras. Sí que están las trampas para topos de su padre, de ahí la aparición de la palabra «topos» en mi lista. Ella dice que debe de haber alguna trampa para ratas normales, puede que esa también nos sirva. Por cierto, faltan los «ratones», los estoy criando yo en el cajón que cuelga debajo del carromato.

¿Por dónde iba? La liebre, el erizo, el gallo, los cisnes y las garzas. La liebre continúa con vida. Nos cruzamos con cierta frecuencia, y sin duda me gana en elegancia. La veo menos espantadiza, raras veces sale huyendo al ritmo de un galope salvaje. Hace unos días, a raíz del serio empeoramiento de nuestra situación, empecé a contar con que el día menos pensado Tabbert fuera a irrumpir en el carromato sujetando las patas traseras del animal con gesto triunfal, las suaves orejas colgándole sobre las rodillas, y un hilo de sangre emergiendo de la delicada nariz. Quizá se me presente hoy o mañana, él sabe que la liebre me cae bien. Precisamente ahora, después de lo ocurrido, hará cualquier cosa para hacerme daño.

El erizo. Por el momento no entra dentro de las posibilidades, está dormido en una madriguera imposible de localizar. Los ojos pequeños y relucientes, el hocico tan gracioso cuando escarba con toda tranquilidad entre las hojas secas... A veces me parece que he ido a dar al infierno. Cuanto menor el número de animales que coma el ser humano, mejor. Ni una liebre solitaria ni un erizo solitario deben figurar en la lista de difuntos, y menos en estas circunstancias. Solo faltaría que fueran ambos hembras preñadas, en cuyo caso podrían acabar viviendo de dos en dos en el cerro. Y cuando haya al menos tres de cada, ya veríamos. De entrada, el gallo parece mejor candidato que el erizo o la liebre, por el mero hecho de que es cien por cien seguro que no se

multiplicará.

Si queremos que los gansos lleguen a tener descendencia, es imprescindible que estén en condiciones óptimas. Por eso disponen de parcela propia donde salir a corretear. Tabbert les asignó una porción de hierba junto a la tumba de Tato y la cercó con un trozo de tela metálica herrumbrosa, también por la parte de arriba. El coto de los gansos se está transformando en fangal, así que Tabbert moverá la cerca en breve. Por todo mi jardín, entre el remolque y el canalón del carromato, ha tendido alambres con retazos de papel de aluminio, a una altura suficiente como para que yo pueda pasar por debajo. Se esfuerza al máximo por proteger la hierba disponible de cualquier aprovechado, lo que me lleva a pensar que él también empieza a hacerse a la idea de que nuestra estancia en el cerro pueda prolongarse. ¿Habrá algún motivo oculto para que esté tardando más de la cuenta en construir un barco? Tal vez haya cometido alguna fechoría. Si es así, nuestra situación seguramente le viene de perlas.

De mi amor por los cisnes no queda ni rastro. Antes no habría dudado en afirmar que hay que ser perverso para matar a una criatura tan majestuosa. Ahora soy yo la perversa. Según mi último recuento, hay nueve ejemplares. Ellos nos toleran a nosotros y nosotros a ellos, pero nada más. Son un peligro, no solo porque puedan atacarnos, sino porque se abalanzan sobre cualquier cosa que consideren comida potencial. Hace tiempo que ya no temen a los alambres, el efecto se mitigó a los pocos días, haríamos bien en retirarlos. Esos malditos cisnes arrancan las briznas de hierba de raíz. En realidad, deberían ir arriba en la lista, junto con las ratas almizcleras.

Las garzas. Hace tiempo que solo veo una, así que de momento quedan descartadas. Son incluso peores que los cisnes, no hacen más que engullir cuanto encuentran a su paso. Los cisnes se alimentan en parte de lo que hallan en el agua, pero hasta donde yo sé las garzas no saben nadar. Aunque aquí no generamos muchos desperdicios, Laura los va echando unos encima de otros. La garza se posa cada dos por tres en lo alto del montículo, dispuesta a devorar huesos de ganso o lo que se tercié. También le gusta entrar a saltitos en las vaquerizas para hacerse con lo que dejan las vacas. En una ocasión me pareció ver que llevaba un ratón en el pico, pero mirándolo mejor, resultó que era un pájaro. Como la presa aún estaba revoloteando, a la garza le costó colocarla en la posición correcta. Nada más conseguirlo, se tragó el pájaro, un bulto visible que se fue deslizando poco a poco por el esófago. A los pajaritos no los incluyo de momento.

Leche, mantequilla y nata. Se me ha olvidado algo, tendría que haber añadido

«suero». Últimamente, Laura elabora mantequilla en la vieja mantequera. La dieta poco variada de las vacas hace que tenga cierto regusto. De igual modo, el suero sobrante despide un aroma a pienso. En cualquier caso, no podemos permitirnos el lujo de ponernos exquisitos. Es más, doy por descontado que a estas alturas nadie le haría ascos a un platito de ajos, pero prefiero reservar los dientes de ajo para poder plantarlos más adelante.

El color de la mantequilla supera todas mis expectativas, no me explico cómo he podido conformarme con la versión pálida del supermercado. Laura mezcla la masa con ambas manos y la separa en formas redondas. Se alegra de que la labor de mantequera le suavice la piel; desde que ha pasado a llamarse Laura, concede más importancia a estas cosas. Me ha dejado que le toque las manos, es realmente asombroso. Por supuesto sigue dolida por la muerte del hermano, pero su nueva apariencia hace que también muestre curiosidad por las demás facetas de su existencia. Aguanta en el cerro gracias a Josje.

Será mejor que vuelva con mi lista: «Coco». Vamos a ver, Coco puede esperar, entre otras razones porque no hay que perder de vista los alimentos vegetales. Justo antes de la primera helada, no hace ni diez días, coseché un buen número de hojas de ortiga y las puse a secar en unas cuerdas tendidas por todo el carromato para que en invierno podamos tomarnos alguna que otra infusión. En otoño sigue habiendo ortigas, pero las hojas que en primavera están intactas acaban acribilladas por los insectos. De todos modos, el próximo año volverán a crecer. El cebollino y el levístico, el espliego y el romero, si todo va bien mis plantas se recuperarán. También me quedan unas pepitas de melón, aunque queda por ver si prosperarán en este clima. Bah, ¿de qué preocuparme?, si para entonces ya habremos salido de aquí.

Guardo un poco de té negro en un bote de mermelada, pero pienso reservarlo para una ocasión especial. Debo confesar que he desperdiciado un par de cucharadas al tratar de hacer queso. Me puse a experimentar como en un laboratorio a la busca de cuajo. El cuajo se extrae de la mucosa del estómago de los terneros, o eso es lo que me sugiere mi memoria. Ironía del destino: aquí no hay ni un solo ternero, al menos por ahora. Las hojas de té me parecían especialmente adecuadas, así que eché unas cucharadas a un bol de leche fresca aún caliente. El té contiene tanino, y el tanino posee propiedades astringentes, merecía la pena probarlo. Sin embargo, lo único que conseguí fue leche salpicada como de mosquitos marrones, una porquería vaya...

Coco. Una de las dos vacas. A la otra le hemos puesto Lola. Me tocó a mí buscar

los nombres. Lara no era opción porque se parecía demasiado a Laura, de modo que me decidí por Coco y Lola. Las bautizamos en un ceremonia en la que les dimos una dosis extra de pienso y Josje les regó la cabeza con un vaso de agua de lluvia.

Coco y Lola. Rápidamente pasaron a ocupar un lugar fundamental en nuestras vidas. Al quedarse solas, sin la compañía del rebaño, se volvieron muy cariñosas, sobre todo Coco, que adoraba las caricias. Quizá fuera porque había estado enferma y siempre fue más delicada. Nos volcamos con ella. Las vacas no distinguen unas personas de otras, lo único que valoran es el efecto acariciador de cada cual. De hecho, Coco incluso consentía que alguien como Tabbert le rascara la frente tan tranquilo. Su punto fuerte eran los ojos, se hallaban rodeados de una raya oscura algo más gruesa que en el caso de Lola. En eso se parecía a Laura, que desde hace un tiempo se pinta los ojos con el trozo de lápiz que le regalé a los pocos días del entierro.

Cuando Laura cepillaba el pelaje de Coco y Lola hasta sacarle brillo daba muestras de un inusual fanatismo, como si con ello tratase de compensar la muerte de las otras vacas. Ahora que solo nos queda Lola, realiza la operación con idéntico por no decir mayor esmero. Nos ha dado a entender que desapruaba la forma en que Tato y ella trataron al ganado después de que sus padres «se fueran».

Coco aprendió su nombre antes que Lola. Cuando la llamabas desde lejos, su gran cabeza se levantaba del tirón, y no solo porque esperara un poco de pienso o un trago de agua. Una vez dentro de las vaquerizas, te empujaba la pierna con un gesto suave pero firme de la nariz, y cuando accedías a su invitación de acariciarla cerraba los ojos de puro placer, tras lo cual apoyabas la cabeza en su flanco para percibir mejor el olor de su cuerpo. Y ella a su vez disfrutaba de nuestro olor, cuando te dejabas caer sobre un montoncito de paja limpia, acercaba su ancha nariz y se ponía a husmear entre tu cabello. Había veces que te agarraba un mechón con sus grandes labios, aunque sin tirar mucho. Eso sí, en más de una ocasión estuvo a punto de pisarme el pie, sin querer claro. Con Coco en las vaquerizas, la relación de amo a animal se fue desdibujando. Ella nos acompañaba a nosotros y nosotros a ella. Si de Coco dependiera, nos pasaríamos el día juntos los seis, holgazaneando alrededor de la granja, y por la noche dormiríamos todos en el establo. Confió plenamente en nosotros, sin bajar del todo la guardia, más que nada frente a los cisnes y a la garza. En caso necesario, los atacaba sin pensarlo.

Las vaquerizas continúan siendo mi vía de escape. Del mismo modo que los otros tienen la impresión de estar de vacaciones en cuanto entran en mi carromato, yo me refugio en el establo. Ahí consigo fingir que los problemas no existen. Las ocupaciones

rutinarias de una vaca, y la reflexión consiguiente: ¿para qué preocuparme? De hecho, esta noche, después de la visita de Tabbert, me acerqué a ver a Lola. Nada más susurrar su nombre, me dedicó un resoplido tranquilizador. Le acaricié el lomo con la mano, recorriendo su cálido cuerpo hasta detenerme en la ubre grande y rosada. Me pregunto si las vacas experimentan una sensación erótica al ser ordeñadas, juraría que sí, a fin de cuentas ordeñar no es otra cosa que manosear y masajear un pecho grande. Coco siempre gimoteaba cuando se le exprimía la ubre. En cuanto Laura se descuidaba, le daba un lametón por toda la cara, sentía especial predilección por la parte interior de la oreja.

Esto se está poniendo cada vez más feo. Intentaré resumir lo ocurrido con la mayor objetividad posible. Dicho de otra manera, trataré de explicar por qué Tabbert y yo volvemos a estar igual de mal que al principio, cuando todo apuntaba a que nuestra relación iba a mejor. Peor aún, jamás nos habíamos enemistado tanto como ahora.

Hace una semana la situación en el cerro se complicó. Cayó algo de lluvia, gotas finas que apenas hacían ruido en el tejado. Habíamos dejado fuera todas las latas, cacerolas y cubos habidos y por haber, y aun así nuestras reservas de agua potable comenzaron a menguar a los dos días. Mis depósitos de lluvia no tienen grifo, sacamos el agua con ayuda de un cazo. Para vaciarlos hasta el fondo hay que inclinarlos. Ya habíamos vaciado tres de ellos, y las latas, cacerolas y cubos también estaban vacíos. Me puse nerviosa y le dije a Tabbert —seguramente en un tono demasiado neurótico— que arrancara el tanque de leche del suelo de la lechería y que buscara un método para sacar los restos. «Veré lo que puedo hacer», me contestó.

Al ser yo quien se encarga de la comida, mi ración de agua es de siete cazos al día. Los otros tienen derecho a tres cada uno, excepto Tabbert, que dispone de algo más para los gansos y los cisnes. En una ocasión vi cómo la liebre tomaba sorbitos del agua de un charco, es un animal tan pequeño que apenas consume nada. Las vacas son otro cantar, necesitan más agua que nosotros. Coco y Lola bebían varios cubos al día, si no bebían no comían y si no comían nos quedábamos sin leche. El problema era que ya no teníamos agua suficiente. Y mientras no consiguiéramos hacer queso, la leche que daban las dos vacas era excesiva para cuatro personas.

—Tengo una idea. ¿Por qué no cavamos un pozo? —propuso Josje un día que hablamos por enésima vez de la falta de agua mientras estábamos cenando ganso con compota fría de ciruelas.

Josje se ocupa de la colada, y desde luego no debe de ser nada fácil lavar con el

agua de la crecida, así que era lógico que la idea del pozo se le ocurriera a ella.

—Sí, podría estar bien —afirmé yo.

Me tomé una cucharada de compota, sabía a alcohol. Al abrir el tarro, había sonado un «plop», señal de fermentación. Para evitar que se evaporase el alcohol no había calentado las ciruelas, que al fin y al cabo no tenían moho.

—Yo también he pensado en un pozo —dijo Laura, que durante la cena es más Laura que nunca en tanto que se vuelve a transformar momentáneamente en Tata cada vez que se pone a limpiar el estiércol del establo—. Pero ¿cómo? Primero tendremos que atravesar los once metros del cerro. Después hay otro metro hasta alcanzar el agua subterránea, que en el pólder está alta.

—El suelo no es un tarro con ciruelas —refunfuñó Tabbert.

—Podemos utilizar la excavadora, me queda algo de diésel.

—¿Cómo?! —exclamó—. ¿Te queda diésel? ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo he guardado por si algún día nos hace falta de verdad.

—Pues sigue guardándolo —replicó.

Se sumió en silencio, me di cuenta de que estaba reflexionando.

¿Sería posible cavar un pozo? En cualquier caso, iba a ser un trabajo muy laborioso, ya lo pudimos comprobar cuando Tabbert cavó la tumba. La excavadora de Laura, una cuchara enorme colgada de un brazo giratorio, siempre había servido para extraer piensos del foso de almacenamiento cubierto con plástico, su alcance era de tan solo unos pocos metros, no más. ¿Entonces? ¿Y si cavábamos un cráter lo suficientemente ancho como para que cupiera la excavadora? No parecía ser una opción demasiado viable a causa de las reducidas dimensiones del cerro, los animales y nosotros mismos necesitábamos cada metro cuadrado de tierra y de hierba. Y con independencia de eso: ¿cómo atravesar once metros de escombros y despojos asentados y comprimidos? Daría para abrir un museo de arqueología dedicado a la historia de un cerro de ciento cincuenta años. No me extrañaría que a mitad de camino nos saliera algún ancestro excomulgado, hasta el Spijker más tierno era imprevisible.

—El suelo debajo del cerro debe de estar muy contaminado, ¿no creéis? —pregunté.

Tabbert se echó a reír. Poco antes él y yo nos habíamos enzarzado en una discusión sobre la cría industrial de cerdos y el engorde de terneros a gran escala, en el momento álgido se me había escapado un colosal disparate al sostener que la crecida tenía al menos una ventaja: las aguas habían engullido a los propietarios de aquellas

instalaciones de tortura. Desde entonces Tabbert se echaba a reír cada vez que yo decía algo que se enmarcaba en una forma de pensar que él consideraba absolutamente errónea.

—¿No os parece una pregunta razonable? Acordaos que debajo del jardín de Josje había asfalto. ¿Quién sabe qué puede salir del corazón del cerro?

—No habrá pozo —sentenció Tabbert triunfante—. Después de pensar un poco, creo que creo tener la solución.

Creo que creo tener la solución, pensé, menuda frase, digna de ser recordada, y me puse a escuchar sus explicaciones, de las que deduje que pretendía construir una desalinizadora. El día que le llamé de todo en el establo, gritando que las vacas habían enfermado por su culpa, mencioné esa palabra, y después, cuando nuestra relación se había normalizado un poco, él vino a preguntarme qué significaba.

—Como su propio nombre indica, tiene que ver con la sal —le contesté entonces—. Una desalinizadora es una máquina que podría servirnos para extraer la sal del agua de la crecida.

—Me lo imaginaba.

Desde entonces debe de haberle dado bastantes vueltas porque su plan parece sólido, al menos hasta donde puede valorarlo una pardilla como yo. Pensaba alternar capas de arena blanca y de carbón en un barril viejo, no tenía que ser ni perfecto ni estanco, de esos que abundan por aquí. La arena blanca tampoco suponía problema, había bastante, antes se almacenaba en sacos que servían para cerrar herméticamente la capa de plástico que tapaba los piensos en proceso de fermentación. Nos faltaba el carbón, pero según nos comentó Tabbert, lo podríamos hacer nosotros mismos. Después de colocar el carbón y la arena en el barril, echaríamos encima agua de la crecida y esa agua saldría filtrada por la parte de abajo.

—Pero sigue siendo agua salada —le interrumpí sin poder evitarlo.

—Cállate, mujer.

El resto del plan se resumía como sigue: una vez filtrada el agua, la destilaríamos en la olla exprés de Laura. Que yo sepa, la olla se encuentra desde siempre en una caja en el fregadero de la cocina de la granja y no se ha utilizado nunca. Tabbert nos explicó que pensaba desmontar la válvula para poder acoplar un tubo al agujero. Luego colocaría la olla sobre mi estufa de leña —el futuro proceso de destilación se desarrollaría en el interior de mi carromato— con el tubo doblado hacia abajo atravesando la pared hasta el exterior, donde siempre hace más frío que dentro y donde,

de acuerdo con sus estimaciones, el vapor se transformaría en agua.

—Todos sabemos lo que ocurre cuando se deja una olla en el fuego sin querer —añadió—. El agua se va enseguida. Podremos producir un litro o más por hora.

—¿Y la sal? —preguntó Josje con desarmante candidez, esa sonrisa tan suya, los ojos azules como la lavanda, la gracia con la que estira su cuerpo al levantarse del sofá o cualquier otro asiento confortable.

—Chica, la sal se queda en la olla exprés. Habrá que limpiarla, eso es trabajo de mujeres.

—¿Y el tubo? —pregunté yo—. ¿De dónde piensas sacarlo?

—De la instalación lechera.

Lo tenía todo pensado, me dejó perpleja.

—Si quieres, te puedo prestar un bidón, solo necesito uno a la vez. De ese modo, el tubo puede ir de la pared del carromato al agujero del bidón.

Tabbert se rio de oreja a oreja.

—A la hora de hacer el carbón habría que gastar la menor cantidad posible de leña porque se consume muy deprisa.

Y así fue. Al día siguiente, Tabbert se afanó en montar la desalinizadora con la ayuda de Josje, y debo decir que el sistema funciona sorprendentemente bien. Alcanzo a ver el barril repleto de carbón y arena desde el carromato. Lo sujeta el armatoste de metal que me intriga desde el primer día, con sus travesaños y la inútil rueda de madera. Debajo del barril hay espacio para un cubo. Josje va y viene con el cubo para que yo pueda llenar una y otra vez la olla exprés.

Es mucho trabajo, y ahora la pared de mi carromato tiene un agujero, pero al ofrecer el primer cubo de agua a las vacas dimos todos un grito de alegría. ¡Beben como locas! ¡Sin sufrir diarrea! Así que no debe de haber sustancias químicas peligrosas, por lo que mi temor de que a raíz de la catástrofe el contenido de los depósitos de las fábricas pudiera haber acabado en el agua no se vio confirmado. Ni siquiera Coco presentaba el menor síntoma de dolor de tripa u otras molestias.

Pese a todo me llevé una decepción: seguíamos escasos de agua. No hay desalinizadora que pueda con dos vacas adultas sedientas. Ni tampoco mis reservas de leña, hay que sustituir la madera carbonizada del barril de filtrado con mayor frecuencia de la prevista. Le propuse a Tabbert que redujera el consumo de la estufa de la granja, pero me contestó que eso no era posible. Puedo entenderlo, no sería justo que yo estuviera todo el día calentita al vapor de la olla exprés y ellos muertos de frío.

Para entonces —sigo hablando de la semana pasada— habíamos sacrificado el penúltimo ganso, sin contar los cuatro de cría. Un ganso da para un día, siempre y cuando nos controlemos y tomemos mucha leche. Aquí no hay balanza, pero salta a la vista que todos hemos adelgazado. Yo he perdido al menos cinco kilos, tengo que ajustarme el pantalón con una cuerda. Además, no me ha bajado la regla, llevo dos semanas de retraso. He regalado todos los tampones que me quedaban a Josje, su cuerpo está menos alterado que el mío. Le gusta coser, me dice que piensa hacer algo con los trapos y telas que hay en la granja. Al igual que los otros dos, se queja cada vez más del hambre. Como ya no queda nada de dulce, ni azúcar ni miel, lo están pasando mal. El que peor lo lleva es Tabbert. Ya no tiene barriga de ocho meses sino de uno. Y súmole la imponente barba, cambio de *look* total. Por suerte, tenemos leche, nata y mantequilla en abundancia, sin eso nuestra situación sería realmente delicada. Así y todo, el nómada del Sáhara no llevaba razón, el ser humano no puede vivir solo a base de productos lácteos, y menos cuando le toca trabajar duro y fuera empieza a hacer cada vez más frío.

Mientras degustábamos el penúltimo ganso, de nuevo con ciruelas empapadas en alcohol, hice saltar la alarma.

—Ya no sé qué más preparar. ¿Se os ocurre algo?

Tres cabezas moviéndose de un lado a otro con gesto de negación.

—¿Nada?

—Nada —contestó Tabbert con disimulo—. No se me ocurre nada.

—Ni a mí —añadió Josje con su acento de Róterdam.

Y después sucedió lo que yo pretendía que sucediese, incluso mucho antes de lo que hubiera esperado. Laura dijo:

—Sobran vacas.

—¿Ah sí?

Ahora la que disimulaba era yo.

—Es lo que hay, no nos queda otro remedio —dijo con laconismo granjero.

En efecto, no teníamos alternativa.

—Laura, ¿a qué te refieres exactamente con eso de que sobran vacas?

—Somos cuatros personas y dos vacas. Dos para cuatro, no puede ser.

Me vienen a la mente imágenes de *Boerderij*, la revista para granjeros a la que Laura estaba suscrita. Me ha prestado unos cuantos números, ya que no tengo tiempo para leer las novelas de mi biblioteca, aparte de que no me atraen. Eran demasiado anodinas para dejarlas en Ámsterdam y demasiado buenas para desprenderme de ellas,

así que al carromato. En uno de los números de la revista había un artículo sobre un matadero, ilustrado con fotos en color.

—Debemos sacrificar una vaca.

Sin duda ella también había visto las fotos, cuando aún era Tata no se perdía ni una sola letra de su revista favorita. En el artículo se comentaban exhaustivamente todas las fases de la matanza, desde el perno que penetra en el cerebro del animal, el tajo en el cuello y la sangre saliendo a borbotones hasta el izado, la desolladura y el corte de la masa de carne en porciones manejables.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Como lo explican en *Boerderij*.

Efectivamente, ahí lo explicaban, solo que el reportaje hablaba de un matadero profesional. En el cerro se habían llevado a cabo las proezas más inverosímiles, pero esto iba demasiado lejos. Ni tan siquiera teníamos corriente, y la maquinaria que figuraba en las fotografías funcionaba a base de electricidad. Además: ¿cuál de las vacas íbamos a elegir? Coco o Lola: imposible. Lo dije en voz alta:

—¿Y qué vaca elegimos? Ni hablar.

—Falta agua. Queda cada vez menos heno. Y necesitamos carne.

Josje no articulaba palabra, y Tabbert tampoco las tenía todas consigo. Se rascó la barba como si tuviera sarna.

—Votemos —propuse—. ¿Quién considera que debemos sacrificar una de las vacas?

Se alzaron tres manos, Josje era incapaz.

—¿Cuál de ellas? ¿Coco o Lola? Laura, ¿tú qué opinas?

Cuatro reyes Salomón. Coco era la más cariñosa de las dos, pero también la más débil, la menos productiva. Según me había explicado Laura en su día, le fallaba un cuarto, y tenía el pezón delantero izquierdo obstruido. Por un lado, deseaba que Laura contestara «Coco», y por otro, deseaba con todas mis fuerzas que no lo hiciera.

—Coco.

Un nombre como una bofetada.

—Coco —repetí alelada—. Laura quiere que sea Coco. ¿Alguna objeción?

No se alzó ninguna mano. Rostros abatidos.

Aplazamos la decisión definitiva hasta el día siguiente, cuando ya nos quedamos sin gansos que sacrificar. Josje repitió una y otra vez que dos gansos de cría eran más que suficientes, que realmente no iba a ser capaz de comerse a Coco y que debía haber

otra solución.

Ha cambiado mucho. Antes las vacas le daban asco, pero ahora acaricia a Lola tanto como yo, y ayuda a Laura a llevar el estiércol al estercolero. En una ocasión incluso se sentó a ordeñar las vacas, y contra todo pronóstico consiguió extraer unos chorros de leche de los pezones con aspecto de goma. Pero es incapaz de comerse a Coco. Le honra. Un animal al que has puesto nombre no debe ser sacrificado.

Se encargaron Laura y Tabbert. Nosotras no nos hemos enterado de nada, lo hicieron en la lechería. Primero retiraron el depósito de acero y lo arrastraron hacia fuera por la puerta de atrás. Después metieron a Coco por la misma vía, la puerta se sitúa más o menos enfrente del lugar donde Tato se fue al agua y al otro barrio.

Aunque Laura y Tabbert no nos lo han contado al detalle, parece ser que el sacrificio tuvo sus más y sus menos. Evidentemente, no disponían de una pistola de perno, así que se vieron obligados a saltarse la fase del aturdimiento. Creo que utilizaron mi hacha, o al menos Tabbert vino a buscarla. Coco debió de ofrecer mucha resistencia porque las ropas de sus matarifes se llenaron de sangre. No exagero si digo que la mitad del tejido estaba limpio y la otra mitad manchada de rojo, a Josje le dio un ataque de pulcritud y corrió a hacer la colada.

Por lo visto, enterraron los despojos en el estercolero. Considero que tenemos el deber de aprovechar el cuerpo de Coco hasta la última pieza, pero aun así no me atreví a preguntar si entre los despojos había algo provechoso, por ejemplo algo con que agasajar a la garza. No tengo ni idea de qué hicieron con la piel, la única certeza es que nunca sé de antemano con qué trozo me va a sorprender Laura. Lo preparo como puedo. Según las explicaciones de la revista, la carne vacuna debe madurar al menos una semana en un lugar fresco, pero para eso no hay tiempo, el día siguiente al sacrificio ya me encontré un plato con el hígado de Coco. Me puse a guisarlo entre náuseas, con mantequilla, la mantequilla que ella misma nos había proporcionado.

El resto de la carne tiene un color muy oscuro, jamás he visto nada igual. Y los trozos tienen formas muy extrañas, los cortan con el hacha. Tabbert habla con orgullo de las poleas que ha instalado en la lechería para colgar la carcasa troceada. La lechería da al norte, es la estancia más fresca de toda la granja, pero eso no quiere decir que allí se pueda conservar una vaca entera durante meses. A Laura se le ha ocurrido la idea de ahumar o salar la carne. La revista no trae ningún artículo al respecto, en realidad no trae casi nada que nos sirva. Pero Laura cree que sabe cómo hacerlo. Sus padres solían matar cada año un cerdo y a ella le tocó ayudarles desde muy pequeña. Por entonces no

tenían congelador, por eso conservaban buena parte de la carne con ayuda del humo y la sal.

Ahumar no me parece demasiado difícil, ni salar tampoco. En cualquier caso, la última palabra la tiene Laura. Coco está muerta, pero eso no impide que siga tratándola con sumo esmero, como hace ahora con todo. Tanto es así que ha empezado a depilarse las cejas. Para mi asombro, Laura ha cambiado incluso más que Josje. De la indiferencia tan habitual en Tato y ella no queda ni rastro. Hace poco me dijo que nuestras circunstancias son de vital importancia para nuestro bienestar y que por eso es aconsejable poner orden, limpiar a fondo y cuidar al máximo todo lo que nos rodea. Se niega a utilizar la sal que se libera al destilar el agua de la crecida, por sucia. Tenemos suerte de que justo antes de la catástrofe pidió un cargamento de piedras de sal, grandes bloques blancos provistos de un agujero que se cuelgan en las vaquerizas para que las vacas puedan satisfacer sus necesidades de sal. También contienen otros minerales que a Laura no le parecen perjudiciales. Ha cortado una de las piedras a hachazos para preparar salmuera. Le he dado varios tarros de compota, pero los depósitos más aprovechables son las dos carretillas, la suya y la mía, sobre todo porque los demás cubos y recipientes sin desperfectos ya se utilizan para otros fines. Por lo visto, en breve tendremos embutidos. De solo pensarlo se me hace la boca agua. Laura ya me ha advertido de que la morcilla no ha salido bien.

Mañana sigo. Me queda por reseñar lo más importante, pero ahora necesito descansar. Me canso cada vez más, como una vegetariana cualquiera.

